



BIBLIOTECA DE AUTOR

**EDUARDO BRUNSTEIN**

*Un elefante de marfil*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**EDUARDO BRUNSTEIN**

*Un elefante de marfil*



EL GUARDIÁN LITERARIO

## Capítulo 1

Con Nacho se veían ocasionalmente. Habían sido muy buenos compañeros en la última etapa de la secundaria. En verdad, el modo en que habían compartido ese tiempo, los había convertido en entrañables. Se conocieron cursando el cuarto año del Nacional Mariano Moreno, en Almagro, el de Rivadavia y Mario Bravo, aunque por aquel entonces el ingreso del alumnado se concretaba por el portón de Bartolomé Mitre.

Era sólo un año mayor porque él venía de repetir en el Avellaneda de Palermo.

Habían pasado algunos años sin contactarse, pero un día, absolutamente impensado, así sin más y, aparentemente de la nada, recibiría esa llamada. Sólo escuchó una voz, una reconocible voz que le dijo, “*Nico, soy yo Nacho, necesito urgente hablar con vos, ¿podrías encontrarte conmigo?*”.

Y a Nicolás, Nico, el destacado periodista e incipiente escritor, ese imprevisto le generaría algo más que curiosidad, se le instalaría como una intriga. Por eso allí, no dudó ni por un instante, y aceptó la invitación. Jamás había dejado de considerar a Nacho más que como a un

amigo, a un hermano mayor, el que siempre hubiera deseado tener. Vaya a saber las razones, pero allí, recordó que Nacho solía generar ese sentimiento en todos aquellos que tenían la ventura de conocerlo.

Lo cierto fue que Nico ignoraba que su amigo venía siendo desbordado por innumerables tribulaciones. No tenía modo de saber que, al momento del llamado, Nacho ya había perdido alguna de sus históricas habilidades reconocidas. Entre ellas la empatía. Parecía ser que lo había dejado abandonado hacía ya bastante tiempo. Nadie hubiera sido capaz de saberlo entonces. Nadie habría sido capaz de anticiparlo, Nico incluido. Lo cierto fue que, Nacho, sin rumbo cierto y en ese movimiento absolutamente irreflexivo e inconsciente, lo iba a terminar enredando.

El humeante café con leche y el inevitable especial de jamón crudo y queso sin corteza, cortado al medio, fueron los únicos testigos, los únicos intermediarios en ese momento que finalmente resultaría la punta de una madeja, el inicio de una trama. Sólo ellos como testigos, y aquel viejo mozo retacón, el de la chaqueta blanca y ceñida de La Ópera, la tradicional confitería de Corrientes y Callao, el lugar que ambos habían elegido para el reencuentro. Allí fue donde Nacho le contó una historia, la suya. Aunque en realidad, sólo terminaría siendo un recorte de ella.

No obstante y, a pesar del tiempo transcurrido desde su último encuentro, Nico se sobrecogió. No sólo lo

descubrió exaltado, también lo notó tenso y extenuado. Bastante desaliñado, ojeroso y con el pelo revuelto. Justo Nacho, al que siempre había sabido reconocer como el tipo que más cuidado le dedicaba a su imagen, justo ese día lo halló absolutamente irreconocible. Solía recordarlo por la simetría casi perfecta que establecía en las rayas de sus pantalones, la rigurosidad casi obsesiva que le dedicaba al nudo de su corbata, el lustre meticuloso que le proporcionaba a sus zapatos canadienses. Esos con los típicos cordones de cuero y las hebillas plateadas. Y, por sobre todo, el tiempo que siempre supo, Nacho tributaba al cuidado de su peinado. Tal vez producto de cierta ingenuidad propia de la edad, si había algo que Nico jamás había podido comprender, era la enorme discrepancia entre el personaje que Nacho solía presentar socialmente y la dura realidad que no desconocía, su amigo transitaba en aquellas épocas estudiantiles.

Tarde descubriría que su amigo, por aquel entonces, sentía que no tenía nada a qué aferrarse, salvo a ese par de pantalones, a esa única camisa, a ese único par de zapatos, a esa única corbata y a su pelo. El extremo celo por el cuidado de su pelo.

Su ex compañero del Moreno, su amigo indiscutible, ese día, se había presentado absolutamente irreconocible. No fue por otro motivo que Nico se perturbaría y el encuentro lo tomaría por sorpresa. Casi la misma que sintiera cuando, durante todo el tiempo que duró el encuentro, su amigo sólo realizó un relato de corrido, casi sin respirar. No introdujo ni el más mínimo comentario.

Nacho no realizó ni una sola mención, ni le dijo a Nico ni una sola palabra acerca de qué quería que él hiciera con lo que acababa de revelarle. No existió una sola referencia del para qué se lo estaba contando a él, en ese momento, en ese lugar. Llamativamente, ni el uno explicó, ni el otro preguntó. Nico sólo se vio observado por su amigo mientras tomaba algunas notas. Eso fue todo lo que lograría advertir. Eso y a un Nacho que sólo pareció tener una imperiosa necesidad, la de compartir una confesión, o quitarse una vieja y pesada carga.

Sin embargo, Nico, en ese momento tuvo una extraña sensación. Percibió que su amigo le estaba ocultando algo. Tanto creyó conocerlo que la duda se estaba peleando decididamente con su certeza. Intuyó que algo no le estaba terminando de decir. Pero, como no se sintió capaz ni de juzgarlo ni de cuestionarlo, optó allí por guardar silencio. Como quiso y decidió comprenderlo como una decisión de Nacho, se dijo *“si algo tiene para decirme, cuando sea el momento, me lo va a decir”*. Fue por eso que consideró, por entonces, dejar pasar el tiempo. Se decidió por uno prudencial. Convino en que era el pertinente para tratar de descubrir si su percepción había sido cierta, o, más egoístamente, decidir si sería capaz de utilizar lo escuchado para escribir algo sobre aquel relato. Aunque también, y tal vez más apropiadamente, porque entendió que su responsabilidad era, de alguna manera, cuidar a su amigo. El percibirlo tan vulnerable, le hizo sentir que debía hacerlo. Se le atravesó la imagen de un rompecabezas, en cómo sería descifrar uno de esos de muchas piezas.

Le gustó la idea, aunque en ese contexto, sintiera que era casi incorrecto, una irreverencia. Era harto sabido que era Nacho el que siempre había tenido una significativa debilidad por los puzles.

Allí, como si fuese posible, Nico se sintió un espectador privilegiado, algo así como un elegido, un vocero. Pero también y, a la vez, aunque en potencial, un alcahuete, un buchón y un metiche. Resultaría curioso que a Nico, la imagen, no le disgustara del todo. No fue capaz de descubrir porque se vio llevado a recordar algo que había oído en alguna oportunidad: “La explicación de la realidad pasa a constituir la realidad para todos aquellos que se la explican de ese modo”. Y Nico pensó que si finalmente en algún momento y por alguna razón decidiera o se inclinara a contar la historia de Nacho, no sería más que en su propia versión.

## Capítulo 2

12

EDUARDO BRUNSTEIN

Nacho siempre disfrutó preparar la cena, esencialmente cuando era para ellos, es decir, para Carolina y para él. Lo venía haciendo hacía ya mucho tiempo, en verdad cada vez que podía, lo que no era infrecuente. Pero esa noche, mientras cortaba meticulosa y concienzudamente unas cebollas casi con la precisión de un cirujano, y con la firme determinación de preparar su ya famosa tortilla a la española, supo que ella, Sofía, había muerto, casi con la misma certeza que sus lágrimas comenzaran a lanzarse en caída libre desde sus ojos al vacío sin poder ser contenidas. Sin lugar a dudas lo supo, exactamente en el preciso instante en que su vieja y querida radio eléctrica, aquella que sobreviviera a las devastadoras y frecuentes mudanzas, le hiciera oír *La sombra de tu sonrisa* en la inconfundible voz de Morgana King. Era o había sido *su* canción. Entonces, ahí mismo, Nacho no tuvo ninguna duda.

Después, en verdad sólo un soplo después, descubrió que, a pesar de todo, lo que se había producido no era otra cosa que una coincidencia. Lo supo en el mismísimo instante en que procedía a hendir el filo del preciado cuchillo



de cocina en el interior de aquella indefensa liliácea y la radio que lo solía acompañar en su regocijo culinario, consintió en dejar fluir la voz de la gran Morgana. No fue antes, sino, ahí mismo. No pudo continuar, y sin margen para las dudas, con una certeza que no admitía discusiones, descubrió que necesitaba desentrañar el porqué.

Él mismo, sinceramente se sorprendió al ver cómo los recuerdos que comenzaban como una imagen detrás de una bruma, muy lentamente se le empezaban a disipar, y a hacérseles más nítidos en su cabeza, más diáfanos en su conciencia.

Nacho, sin pensarlo siquiera, se encontró evocando las características de Sofía. Le surgiría primero su rostro, necesitó ubicarlo, volver a familiarizarse con él. Y luego, como en efecto dominó, su pelo, al que recordó largo, de un castaño oscuro puro y sin una sola cana, para su orgullo, aunque la mayor parte del tiempo y de modo inexplicable, habituaba disponerlo recogido en un rodete. La seguiría su nariz de cirugía, la que se había operado porque alguna vez le pareció ganchuda, o eso se lo había sugerido alguno de los tantos noviecitos ocasionales de la adolescencia tardía. Y sus pecas, sus incontables pecas, aquellas que acompañaban con autoridad la rotundez de sus expresiones y que se hacían cómplices de la locuacidad de su mirada. Porque si había algo que Nacho jamás olvidaría de ella, sería su mirada. Casi siempre vivaz, casi siempre atenta, curiosa, inteligente. Pero que, rememoraba, inexplicablemente en los

últimos tiempos había mutado. La recordaba apagada, triste, como perdida.

En los últimos tiempos..., ¿cuánto había pasado desde entonces? Creyó que no había pensado seriamente en ello hasta que comenzó a tener esa extraña sensación. Es que desde hacía ya un largo rato algunas cosas no le cerraban. Una cierta intranquilidad mezclada con insatisfacción había comenzado a formar parte de su cotidianidad. Situaciones que no le eran frecuentes lo asaltaban de tanto en tanto. Fue cuando se dio cuenta de que había pasado tanto tiempo, que extrañaba su ausencia más que su presencia. Había sido por eso que se había visto obligado a aceptar su necesidad de volver a verla.

No tenía la certeza, pero no menos de veinte años, ese creyó que había sido el tiempo transcurrido desde la última vez que habían estado compartiendo el mismo espacio. Por aquel entonces, la demanda por ocuparse de Luciano y Damián, los aún pequeños hijos de Nacho, le hizo dificultoso mantener la fluidez del contacto. No hubo otros motivos por los que sus contactos con ella comenzaron a espaciarse hasta perderse. Recordó un cumpleaños, el de..., ¿de quién había sido?, creyó que el de Luciano, el mayor de los dos. Dudó primero y luego estuvo seguro, esa había sido la última vez.

Sofía había sido, sin dudarlo y por mucho tiempo, la persona más importante en su vida, la más significativa, la más influyente. Tal vez por ello y sin demasiado

espíritu para cuestionarse, le había comenzado a surgir esa urgente necesidad por saber qué había sido de ella.

El hecho de que no hubiese estado pensando en Sofía todo ese tiempo, no significaba que la había olvidado, o que sólo había sido una parte más en su historia. Simplemente su mundo se había ido forjando prescindiendo de su cercanía, absolutamente consciente de lo que ello significaba. Las vicisitudes, la nueva familia, las nuevas responsabilidades, la vida lo fue o, mejor sería decir, los fueron llevando por caminos diferentes. Tanto y tan diversos que, y eso se hizo evidente, hasta ese entonces, nunca existió la posibilidad de que se cruzaran.

Pero Nacho siempre había tenido una convicción, fuera de cualquier cuestionamiento, en cada detalle de una observación suya, en cada una de sus percepciones sensibles, en la abstracción de innumerables acontecimientos de su adolescencia, Sofía había sabido estar.

En esa escena, para él memorable del baile en la playa de Anthony Quinn y Alan Bates en el *Zorba* de Cacoyannis; en la piel de gallina que, efímera, le solía emerger sin avisar en algún instante de *Samba de una nota sola* de Jobim; en esos apenas perceptibles estremecimientos que le causarían cuando se arremolinaron a sus pies las hojas otoñales de los liquidámbar de San Isidro, el día que lo descubrieron intentando sensibilizar a alguna señorita de su agrado para lograr, casi siempre sin éxito, algún favor sexual. En esas escenas, Nacho estaba convencido, Sofía había sabido estar.

El tiempo no había cambiado nada o casi nada, en todo caso, no sus sentimientos, esos no. No pudo evitar

intentar reflexionar y concluir que era esa sensibilidad que compartían la que los había hecho tan unidos, o tal vez la similitud o la coincidencia de sus historias.

Tal vez las mismas coincidencias que creyó lo unía a Sara, su abuela, la madre de Sofía. Esa señora inmerecidamente sufrida e inevitablemente marcada por la historia. Esa que, probablemente, el paso del tiempo la había transformado en esa dura y poco tolerante mujer. La exigente que Sofía padeció; probablemente tanto como Nacho a Alfredo, su padre. Coincidencias, muchas coincidencias. Creyó que tal vez, demasiadas.

Pero también recordó que de muchos otros modos Sofía había sabido estar. No sólo en él, también para él. Acompañándolo en silencio cuando había que acompañar, incluyendo esos momentos en los que sólo había que escuchar, diciendo lo justo en el momento oportuno cuando había que hacerlo y se podía. Siempre ubicada, siempre correcta, siempre adecuada. Como si supiera qué y cómo hacer para que Nacho se sintiera reconfortado, no sólo querido, porque de eso nunca tuvo ninguna duda. Pero valorado, reconocido, esa era otra cosa, y con ella lo sintió. Nacho lo sintió. La primera vez había sido cuando la muerte de Matilde, la madre de Nacho, hermana mayor de Sofía. En ese duro momento ella estuvo, y fue incondicional. Luego, sólo un par de años después, acompañando esa otra pérdida, la que le tocó atravesar por Liliana, su noviecita de Comu. Ella sólo tenía dieciséis cuando Nacho la perdió para siempre porque la leucemia, sin pedirle permiso, decidió llevársela.

O ante el fracaso en un examen en la secundaria, que por otra parte eran frecuentes; o en alguna de las tantas discusiones con su viejo; o cuando se murió Sara, la madre de Sofía, la *bobe*. La sensación absoluta de que por él postergaba todo, de que él, Nacho, era el elegido, de eso nunca había tenido ninguna duda.

Pero eso había ocurrido en un pasado lejano. Y tal vez fuese cierto de que habían pasado no menos de veinte años, cuando comprendió que había dejado de ser el dueño de ese lugar codiciado. Y que fue por eso que se alejó. Sofía, tal vez sin saberlo, lo había desilusionado. Nacho ya no se sentía el protagonista, ni siquiera actor de reparto, sintió que había pasado a ser un mero extra y a veces ni siquiera eso. No pudo ni supo transmitirle cuánto le dolió. Y, como llegó a convencerse que lo había dejado de querer, esa certeza en Nacho, llegó a transformarse en duda y bronca. No hubo explicaciones, porque no las hubo, tampoco hubo preguntas, Nacho nunca preguntó, jamás le preguntó acerca de qué le estaba sucediendo. Pero sí sintió que fue de buenas a primeras y, definitivamente, lo tomó desprevenido. Pero no lo dejó solamente enojado, muy en el fondo, lo dejó dolido. Y fue por eso que Nacho tomó distancia, habían pasado más de veinte años. Se había centrado tanto en sí mismo, en sus sufrimientos, en sus pérdidas afectivas, tan centrado en su propio ego, que jamás preguntó. Y, para variar, sacó esas conclusiones a las que sólo se acceden cuando no se hacen las preguntas correctas a las personas involucradas. Por supuesto que desde ese lugar tan particular, sólo se obtienen las únicas

respuestas posibles, las que uno se da, que, por lo general, son las equivocadas.

Pero decidí, en aquel entonces, seguir sus percepciones e intentar averiguar qué había pasado. Para Nacho todo comenzó a ser diferente, o al menos, sus puntos de vista se habían empezado a correr, a modificar. Así las cosas y por razones que no pudo explicarse en ese momento, salvo llamarlos presentimientos, fue que comprendió que estaba listo para volver.

Entonces se preguntó por qué esperar. Y así, de modo muy simple en apariencia, se dirigió al locutorio de Larrrea casi Rivadavia y desde allí llamó a Sofía. Podía haberlo hecho desde su casa pero, aunque no fue una decisión fácil de tomar prefirió, en ese entonces, no sentir que tenía que dar explicación alguna a nadie, y menos a Carolina. No se lo preguntó entonces pero tuvo un presentimiento que se instaló como certeza. En verdad tuvo miedo de la respuesta que podría recibir.

No era que su matrimonio hubiera estado atravesando alguna crisis. La verdad era que sus hijos ya estaban grandes y se habían independizado. Tanto Luciano como Demián, habían iniciado un camino del que Nacho se sentía más que orgulloso. Los quería, los amaba con el alma, aunque tal vez no se los hubiera manifestado con frecuencia, o lo suficiente. Pero nunca dejó de alentarlos, nunca dejó de proponerles que se jugaran por sus convicciones, a correr riesgos, a tomar sus propias decisiones, y por sobre todo, a que jamás dejaran de animarse a descubrir aquello que él llamaba “vivir”.

Sin embargo, paradójicamente, había comenzado a sentir que, gran parte de su vida, en los últimos tiempos, venía transcurriendo de manera chata, bastante monótona, sin rumbo cierto y casi vacía. Ellos ya no estaban cerca y él había perdido la pasión, había perdido el deseo, por casi todo. Sólo se veía contemplando su vida, como quien mira un pequeño terrón de azúcar disolviéndose en una taza de té. Ni él ni Carolina habían aún encontrado un nuevo equilibrio para ese nuevo estado. Solos, nuevamente como al principio, pero ya no del mismo modo. Estaban iguales, pero diferentes. La vida los había marcado. Él volvió a estar como en su adolescencia, perdido y desorientado. Y, justo ahí, le surgió la necesidad. Nacho tuvo que reconocer que no era que estuvieran mal, tampoco podría decirse que bien, sabe que es la madre de sus hijos, que es su mujer, y la quiere, sin dudas. Sin embargo venía sintiendo que, para algunas cuestiones, no siempre confiaba en sus opiniones. Carolina lo juzgaba, o emitía opiniones sin más argumentos que una absurda o inexplicable suposición, así sin más. Solía hacerlo y, estaba seguro de que, si se lo hubiese contado le habría preguntado “¿para qué, qué necesidad tenés, y justo ahora?”. La verdad fue que estuvo seguro de que le iba a romper soberanamente las bolas la posibilidad de un planteo como el de “*y justo ahora*”. “*Y sí, justo ahora*”. Hacía ya algún tiempo que Nacho venía escapándole al enojo, al malestar de lo que entendía iba a ser una posible distracción, sobre todo a que Carolina pudiera llegar a cuestionarle una decisión

que él ya había tomado. Lo iba a dispersar o, al menos, eso concluyó él. Nacho comenzó a comprender que la crisis, no era en su pareja, era suya, absolutamente suya.





### Capítulo 3

Nacho siempre quiso ser el primero, el único. Estaba expectante, insistente, ansioso pero firme como soldado de guardia esperando el relevo. No tenía dudas de lo que quería, por eso su firmeza. Pero no sabía ni imaginaba lo que iba a sucederle. Nunca fue capaz de imaginarlo.

A sus seis años, su capacidad para comprender estaba reducida a esos escasos seis años. En un mundo al que apenas estaba arribando, en un mundo que recién estaba comenzando a conocer, Nacho sólo sería un inexperto, un novato de tan sólo seis años de antigüedad. Su currículum, no hubiese sido capaz de reflejar más que esa lacónica realidad. Desde el inicio, sólo le fue provisto un imaginario y precario manual de instrucciones aprendido a los tumbos, a los ponchazos. Ah, y a los golpes.

En una oportunidad le surgió, de un modo totalmente azaroso una idea. Fue a partir del día en que compró su primer teléfono celular y descubrió que, en el estuche que lo portaba, había un manual de instrucciones y adjunta, la garantía. Y fue precisamente ahí donde se le ocurrió. En ese entonces se preguntó: *“no entiendo, ¿por qué cuando*

*nací no me aprovisionaron con uno, por qué no me anticiparon como iba a ser vivir?, me mandaron al frente, así, sin más, ni una garantía me dieron*". Eso pensó. Pero él, inexorablemente lo iba a aprender y, parece que lo aprendió.

Lo sujetarían por detrás del borde del cuello del suéter, lo arrastrarían primero y lo tendrían casi suspendido en el aire por todo el resto del trayecto de los interminables ocho metros con dieciocho centímetros, once pasos normales, veinticuatro de los taco-punta, distancia recorrida que iban de la cocina al baño del PH de Villa del Parque donde nació, donde se crió. Porque fue en la cocina donde la experiencia se inició y fue en el baño donde concluyó. Bueno, en realidad no fue en el baño donde terminó sino unos interminables segundos después cuando la puerta se abrió y quedó expuesto, al igual que sus lágrimas saladas y su humillación, a los ojos de Carlitos, el gallego y a los de Juan, sus amigos del barrio. Ese Juan, el que llevaba el ilustre nombre por el General.

Sólo quiso la primera porción de la torta de su cumpleaños. Ya había soplado todas las velitas de una torta que confirmó no era suya, ya había sido besuqueado húmedamente por todas esas bocas cuya mitad desconocía, ya había soportado todos esos regalos que no eran para él. Ni aquel par de gemelos, ni aquella traba de oro para "sus" camisas de vestir, ni siquiera ese anillo con la enorme aguamarina que sus dedos pequeños nunca podrían albergar, ni en años. *"Ah, no, mocosito, ¿y las jerarquías y la autoridad? Yo te voy a enseñar, vos último, ¿entendiste o no entendiste que primero están los invitados?"* Nachito

sólo quería eso, sólo la primera porción de la torta de su cumpleaños número seis. En cambio, lo avasallaría, dolorosamente lo humillarían. Desconsideradamente le harían sentir el rigor. Pensó que, tal vez, allí pudo haber empezado todo, pero sólo tal vez. Él nunca terminó de entender. Nacho nunca lo pudo entender, o allí no quiso. “Duro de entendederas el mocoso.”

Tampoco olvidaría aquellas escenas, la de los juegos de manos a los que, con frecuencia y en su infancia, lo provocaba el viejo. Se proponía como una amenaza latente de pegarle una cachetada. La respuesta automática ante esta, era que Nacho se cubriera el rostro, y la consecuencia inexorable, resultaba en que, con un rigor inapelable, el viejo lograba distraer la atención y ejecutar un golpe de puño que, aunque suave, era ubicado en otro espacio de su anatomía, el estómago de Nacho. Como a este se le disparaba el acto reflejo de protegerse, el viejo finalmente lograba concretar la amenaza original, y así, tristemente, Nacho terminaba recibiendo el cachetazo. La verdad era cruel, muy cruel. De los dos, sólo se divertía uno, el viejo, porque Nacho, en verdad, lo pasaba mal. Siempre “cobraba”. En ese juego y, como no podía ser de otro modo, siempre había un solo ganador y nunca fue él. Nacho, siempre salió perdiendo.

Lo que en realidad ocurría era que por aquel entonces y sólo por unos instantes, Nacho se ilusionaba. Nacho se convencía, ingenuamente, que podría pertenecer al círculo de “significativos” del viejo, al de los considerados del viejo. El círculo de los importantes para el viejo,

aquellos que merecían ser tenidos en cuenta por él. Por eso aceptaba, una y otra vez el juego. Cuánto anheló ese sentimiento de pertenencia. Sin embargo, siempre terminó descubriendo el triste final, Nacho nunca perteneció, jamás pertenecería.

Recuerda con mucha claridad ese sentimiento de desesperación primero, de angustia después. Ese recuerdo lo siguió y se presentaba tan vívido, que de tanto en tanto volvía a evocarlo. Una marca en su historia, un hito al que siempre vuelve. Sólo requería la aparición de una mínima señal para que, de un modo sencillo se haga luz, se despierte. Porque siempre está ahí, latente. Era cuando la realidad lo volvía a cachetear, un pequeño e insignificante detalle que suele omitir. El viejo, luego de la insistencia en ese siniestro juego y ya siendo testigo de la aparición de las primeras lágrimas de Nacho, hacía aflorar un infaltable, descalificador y humillante “maricón”. Y Nacho, Nachito, siempre, como abonado al Teatro Colón que no se pierde una función, terminaba llorando de un modo incontenible. Pero no de dolor, sino de bronca, de impotencia. Si de algo estuvo seguro, fue de que el viejo nunca supo o se interesó por saber lo que le estaba provocando. En realidad juzgó que el viejo nunca entendió nada y, al parecer, Nacho tampoco.

